buen ejemplo no será estéril, y que dejará en el corazón de muchos viva y duradera impresión. Sin embargo, no penséis que nada más haya que hacer. Para asegurar vuestra salvación, os falta cumplir una condición esencial: no basta que hayais entrado en el buen camino, merced á una santa y fervorosa comunión; es necesario que sigais por él hasta la hora de vuestra muerte. Oid lo que os dice Jesucristo: el que perseverare hasta el fin, este se salvará: *qui perseveraverit*...Multitud de malaventurados arden en los infiernos, que se habian acercado á la Santa Mesa tan bien dispuestos como vosotros. Habian comenzado bien más por falta de valor y perseverancia, acabaron mal. Para prevenir esta desgracia vengo á exhortaros á la perseverancia, mostrándoos su necesidad y los medios de conseguirla.

Mas que nunca voy á hablaros con sencillez y efusión de corazón, por ser ésta la última instrucción que os dirijo en particular; deseo vivamente que la aprovechéis.

PUNTO PRIMERO.

Por una parte, la injuria que hariais á Dios; y por otra, el daño que os causariais á vosotros mismos. Ved ahí los dos motivos que tenéis de perseverar y de permanecer toda vuestra vida fieles á las obligaciones que habeis contraido. ¿Qué erais vosotros, mis amados hijos, antes de la comunión primera? Esclavos del demonio, rebeldes armados contra Dios. Si antes de ese día feliz hubiese llegado vuestra hora postrera, ¿qué hubiera sido de vosotros? ¡Ay! Quizá muchos de vosotros estuvierais sufriendo ahora los suplicios de los condenados. Pero gracias sean dadas á la bondad infinita de Dios, aún no se ha roto el hilo que

os tenía suspendidos sobre el abismo. Habéis confesado vuestros pecados y recibido el perdón; y no solo se ha cerrado bajo de vuestros piés el infierno, sino qne se ha abierto el cielo sobre vosotros. El demonio ha bramado de rabia al veros escapados de sus manos, y vuestros buenos ángeles se han alegrado al veros volver al número de los amigos de Dios.

Pues bien, decidme mis queridos hijos; ¿acaso porque Dios es bueno, porque ha sido misericordioso para con vosotros, querrías ofenderle de nuevo y tornar á vuestro malos hábitos? ¡Oh! Si tales fueran vuestros sentimientos, serías mónstruos de ingratitud. Querer ofender á alguno porque es fácil en perdonar, es el colmo de la perversidad, es semejar á la vibora entorpecida por el frío, que dá la muerte al que la calienta para volverla á la vida. No, no será así como obraréis, antes bien sacaréis de la misericordia una consecuencia enteramente contraria. Dios es bueno, os diréis á vosotros mismos; yo quiero ser bueno para con él. Se ha dado á mí para ser el alimento de mi alma; yo quiero corresponderle y ser suyo del todo. Yo emplearé el resto de mis días en alabarle y bendecirle; esta vida que me ha conservado á pesar de mis infidelidades y que no se me ha dado sino para servirle en la tierra y merecer la dicha de poseerle en el cielo.

¿Y por qné, decidme, no se consagraría al servicio de Dios toda vuestra vida? ¿Con qué título y en virtud de qué derecho quisiérais dividirla en dos partes para consagrar una de ellas al demonio? Durante estos días de gracia y de salud que han precedido á vuestra primera comunión, habéis vuelto en vosotros mismos y reconocido que la única cosa necesaria al hombre, es salvar su alma, ganar el cielo y evitar el

infierno. ¡Cómo, pues! Lo que os ha parecido hoy una verdad, ¿sería una mentira de aquí á uno ó dos años? ¿Lo que os parece cuerdo y razonable en este instante, fuera mas adelante insensato? Las verdades eternas no varían; en todos tiempos y lugares conservan su autoridad, y deben ser igualmente la regla de vuestra conducta.

Comprended, pues, mis amados hijos, cuán grande injuria fuera hacer á Dios, el cansarse de llevar su yugo y renunciar á su servicio. Es como si dijérais: Señor, no sois bastante grande para merecer todo mi corazón y quiero partirlo entre vos y el demonio. Vale tanto como decir: deseo el cielo, pero quiero comprarlo lo menos caro que me sea posible. Dejadme dar á mis vicios y pasiones la mayor parte de mi vida, y contentáos con lo demás. Con tal que os consagre algunos días, esto basta para lo que vos merecéis y lo que vale el galardón que me destináis. La obediencia á vuesta ley exije violentarse demasiado, y el cielo no vale la pena de comprarle á precio de tan gran sacrificio.

Este lenguaje os repugna, mis queridos hijos, y sin embargo ese hablan, si no con sus palabras, con sus obras al menos, cuantos después de haber abrazado el servicio de Dios, lo dejan por volver al de Satanás: es el que tambien vosotros hablaríais, si tornáseis á los pecados y hábitos desordenados que habéis debido dejar para ser dignos de acercaros á la Santa Mesa. Por tanto, la recaida en el pecado, la falta de perseverancia, serían de vuestra parte una grave injuria hacia Dios, una ingratitud irritante; fuera, además, haceros á vosotros mismos el mayor daño y esponeros á una reprobación casi cierta.

¿Qué diríais de un hombre pobre y miserable que habiendo heredado una gran fortuna de país lejano, se pusiera en camino para recojer su herencia, pero que al cabo de algunos días, cansado de la longura y dificultad del camino, volviera atrás y prefiriera su miseria á la gran fortuna que podía adquirir? Diríais que era un cobarde é insensato. Pero en ello, os condenáis vosotros mismos. Tenéis todos una rica herencia, una herencia superior á todo precio, que os está destinada en el cielo, á cuya posesión habéis adquirido derechos por las buenas disposiciones con que habéis hecho vuestra primera comunión. Sin embargo, para alcanzarla, es preciso andar por el camino de la virtud hasta el fin de vuestra carrera, hasta la hora de vuestra muerte. ¿Y os faltaría valor? ¿Y no tendríais fuerza para llegar hasta el fin? ¡Mirad que es Jesucristo quien ha dicho: el que habiendo echado mano del arado, mira hácia atrás, no es bueno para el reino de Dios: *nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei* (1). El Soberano Juez, cuando comparezcáis en su presencia, no os preguntará, si en tal época de vuestra vida, por ejemplo, en la de la primera comunión, fuísteis santos; sino si, habiendo entrado en el camino de la salud, perseverásteis en él hasta el fin. En una palabra, no os preguntará lo que habéis sido, cómo habéis comenzado; sino lo que sóis y cómo habéis acabado. La reina de las virtudes, la virtud sin la cual todas las demás no pueden asegurar vuestra salvación, es la perseverancia. El primer pecado mortal que cometeréis va á despojaros de todos vuestros merecimientos y abrir de nuevo bajo de vuestros piés las puertas del infierno. Por santa que haya sido la comunión que

ayer hicísteis, no dejaréis de ser por ello del número de los réprobos.

¿Seriá buen árbol el que en la primavera se cubriera de flores y no diera frutos? En breve la segur cortaría su raiz, y sus ramas secas serían pasto de las llamas. ¡Ay! Hé ahí la triste imágen de muchos niños, que en la época de su primera comunión, dan las mas bellas esperanzas, muestran las mas felices disposiciones para la virtud. Pero sus buenas disposiciones no son firmes, y desmienten, en edades mas avanzadas, las esperanzas que habían hecho concebir en los primeros años. Dan flores y no producen frutos. Presto olvidan sus propósitos y juramentos; presto se lanzan al camino espacioso; y todos los cuidados que les prodigamos en su niñez no son poderosos á detenerlos en la pendiente del abismo. ¿Qué se harán? Réprobos, víctimas destinadas al fuego eterno.

Pero acaso os lisonjéais de que despues de haber pasado la juventud olvidados de Dios, os convertiréis al fin de la vida. Mirad, mis queridos hijos, que éste es uno de los lazos mas peligrosos que presenta el demonio á la inesperencia de vuestra edad. El Espíritu Santo ha dicho, y la esperiencia confirma todos los días este oráculo: Rara vez se aparta el hombre en la ancianidad del camino que ha seguido en su juventud: *adolescens justa viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (1.) Para convertirse es necesaria la gracia; y esta gracia Dios no os la debe. Y aquellos señaladamente deben contar con ella menos que nadie, que no la reciben sino para abusar de

(1) Prov. c. XXII v. 6.

ella, y entregarse al desorden. Siempre que vuelve el demonio á un alma después de expulsado de ella por la penitencia, hace en ella grande estrago y afirma allí mas su imperio. Por un castigo justísimo, al alejaros de Dios, se aleja Dios tambien de vosotros. Si les sois infieles, oid la amenaza que os hace, y temblad: *quaeretis me, et in peccato vestro moriemini* (1.)

Así que, perseverad toda vuestra vida fieles á vuestras obligaciones, ó de lo contrario os exponéis al peligro casi seguro de morir como réprobos. Nada digo que la experiencia no demuestre diariamente y que no hayais quizá visto muchas veces. ¡Plegue á Dios que no sirváis vosotros mismos de ejemplo á los que vengan tras de vosotros! ¡Ah! mis amados hijos, ¡cuánto mas ventajoso es para vuestra dicha venidera, y aun para la presente, tomar, para nunca dejarlo, el partido de la virtud! Cada día aumentarán vuestros méritos, enriquecerá la corona que os espera en el cielo. ¿Por qué alejaros de Dios? ¿Sóis desgraciados por servirle? Comparad vuestro estado presente con el que ha precedido á vuestra reconciliación. ¿Cuándo habéis experimentado en lo íntimo del corazón una paz mas pura y deliciosa? Confesad, pues, que aun en esta vida, hay mil veces mas goces y deleites en andar por el camino del cielo que por el que lleva á la reprobación. No, vosotros no os apartaréis de él jamás. Para sosteneros y ayudaros á caminar por él toda vuestra vida, voy á indicaros los medios que debéis emplear.

PUNTO SEGUNDO.

El mismo Jesucristo, mis amados hijos, es quien

(1) Joan., cap. VIII. v. 21.

nos traza en dos palabras lo que debéis hacer para conservar los frutos de la primera comunión y perseverar hasta vuestra muerte en la fidelidad á su servicio: Velad y orad, os dice: *Vigilate y orate* (1.) Ved aquí dos palabras muy breves, pero que encierran una gran lección. Yo quisiera que cada uno de vosotros las escribiera hoy con su sangre, y que no pasara día alguno de su vida sin que se las pusiera muchas veces ante los ojos.

Vigilate; velad, esto es, estad constantemente alerta; temed á cada momento encontrar algun lazo tendido á vuestros piés. Y día y noche, tened presente que el demonio gira sin cesar á vuestro rededor; que hará esfuerzos contínuos para haceros perder la inocencia é inducíros al pecado. Velad, es decir, desconfiad de vosotros mismos y de vuestro propio corazón, obrad vuestra salud con amor y temblor. Sois para vosotros mismos vuestro mayor peligro. Demás de los peligros que son comunes á toda edad, la juventud tiene tambien otros que le son peculiares. Por defuera, todo conspira á corromperla, á seducirla, á perderla; dentro, el fuego de la edad, las inclinaciones viciosas, el amor de los placeres, son para ella ocasión contínua de caídas y extravíos. Velad, es decir, temed las trazas y ardides del espíritu de mentira. No serán grandes crímenes los que os propondrá, que los miraríais con horror; pero tratará de conducíros á ellos poco á poco y como por grados. No exije al principio sino algunos pasos. No hay mal, dice, en ir hasta ahí; y se deja el hombre llevar. Contento con su primer victoria, el demonio torna en breve á

(1) Math. cap. XXVI. v. 41.

la carga; pide algunos pasos mas, y se le conceden; é insensiblemente va rodando y cae en la profundidad del abismo.

Velad, es decir, no os espongáis á la tentación y á las ocasiones del pecado. ¿Es necesario recordaros el oráculo del espíritu Santo: el que ama el peligro perecerá en el peligro? *Qui amat periculum in illo peribit* (2.) Huid, huid de esas reuniones profanas donde no se perdona medio de perderos. Huid sobre todo de la compañía de los libertinos, de los que profieren expresiones impías ú obscenas, que viven sin religión y no pueden sufrir que los demás cumplan sus deberes. Contraemos, sin advertirlo, las buenas ó malas cualidades de aquellos con quienes tratamos, insensiblemente nos acostumbramos á pensar y á obrar como ellos; y como tenemos mucha mayor inclinación al mal que al bien, basta un solo hombre perverso para malear á muchos. El espectáculo de lo que pasa diariamente á vuestra vista, puede probároslo. ¿Cuál ha sido la causa del desarreglo de ese jóven tan juicioso, tan ejemplar en la época de su primera comunión; de esa jóven que por su modestia, su pudor y piedad era el consuelo de su familia y el modelo de todas sus compañeras? Lo que los ha perdido son las malas compañías, los tratos peligrosos. Si supierais que ésta ó aquella persona está atacada de la peste ó de la rabia, ¿querriáis poneros con ella en relaciones? Lejos de buscarla, huiríais su presencia, temiendo con razón ser víctimas del contagio. Portáos del mismo modo con aquellos cuyos ejemplos ó consejos no tardarían en inficionar vuestra alma y darla muerte.

(2) Eccls., cap. III. v. 27.

Esos amigos pérfidos que os habrán seducido, ¿os sacarán del abismo cuando en él hayais caido? ¡Ah! si me fuera dado abrir el infierno ante vuestros ojos, ¡cuántas desgraciadas víctimas de la venganza divina no viérais á quienes ha precipitado allí el trato con los libertinos? Oid sus alaridos y rechinar de dientes. ¿Queréis ser partícipes algún día de sus horrendos suplicios?

Hay aun, hijos míos, otro lazo no menos peligroso contra el cual debo preveniros: hablo de la lectura de malos libros. Desconfiadad de esa curiosidad tan peligrosa en vuestros años, que os mueve á querer verlo y saberlo todo. Si se os presentara un pan deleitoso en apariencia, pero en que debiérais con razón temer que se hubiera puesto veneno, ¿le comeríais? Si se os convidase á dar un paseo por un hermoso prado, por un jardin esmaltado de flores, pero se os avisara que á cada paso tropezaríais allí con venenosos reptiles, con víboras que se alzarían contra vosotros, ¿querríais aceptar tal recreo? Huiriais espantados de sitio tan peligroso. Temed todavía mas la lectura de los malos libros, producciones en que el veneno está dispuesto con arte, flores bajo de las cuales se ocultan ponzoñosas serpientes. Al querer cojerlas, no quedará herida vuestra mano, pero el alma recibirá el golpe mortal. No leais por tanto libro alguno sin haberlo antes mostrado á vuestros padres ó á otra cualquiera persona competente para juzgarlo. Lo repito, en el desgraciado tiempo en que vivimos, uno de los principales lazos del demonio para estragar la juventud, son los malos libros, nunca más que hoy difundidos. Como si no bastara ya el venderlos á bajo precio, todavía se dan graciosamente y se esparcen por los caminos.

Pero no es bastante, mis amados hijos, velar y estar prevenidos contra las ocasiones del pecado, sino que es preciso además segun la recomendación de Jesucristo, recurrir á la oración; *orate.* En vano tomaréis precauciones, pues con solo la ayuda de Dios y el auxilio de su gracia podeis vivir santamente. De aquí la necesidad de la oración. No hé menester recomendaros la oración de tarde y mañana; sabeis que es uno de vuestros principales deberes, y á que nunca se falta, como no se haya perdido todo sentimiento de fe y de religión. Observadlo y veréis que pasaréis el día mas ó ménos cristianamente, segun que vuestra oración de la mañana habrá sido más ó menos mal hecha. Pero no basta los ejercicios de piedad con que comenzais y acabais el día; conviene, dice el Salvador, orar incesantemente: *oportet semper orare et non deficere* (1.) Lo cual vale tanto como decir que el hombre debe caminar siempre en la presencia de Dios, ofrecerle á menudo vuestro corazón y vuestro trabajo durante el día, y acabar á lo menos por la señal de la Cruz vuestras principales oraciones.

A estos ejercicios diarios, juntad tambien la asistencia á los Divinos Oficios los domingos y fiestas. Si la oración hecha en particular es aceptable á Dios, la oración hecha en comun lo es mucho más. Cuando dos ó tres personas se hallaren reunidas para orar en mi nombre, dice Jesucristo, allí estaré yo en medio de ellas. Esta promesa consoladora se realiza principalmente en nuestra iglesia. La iglesia es la puerta del cielo, la casa de Dios; venid, pues, á nu-

(1) Luc., cap. XVIII. v. 1.

triros en ella con el pan de su palabra: venid frecuentemente á cantar sus alabanzas con la asamblea de los fieles; venid á mezclar vuestras voces á sus voces, á unir vuestras oraciones á sus oraciones. Los ángeles la recojerán y las presentarán ellos mismos al Señor. No os retiraréis nunca con las manos vacias; porque allí señaladamente nos ha prometido Dios prestarnos atento oido y otorgarnos cuanto le pidiéremos: *petite, et dabitur vobis* (2.)

Pero en vuestras oraciones, mis amados hijos, no olvideis dirigiros á la Reina de los ángeles; ponéos bajo su protección soberana, rogadla que interceda por vosotros. Sí, sed devotos de María, confiad en María, y yo respondo de vuestra salvación. No sin fundamento os hablo así. Todos los santos han pensado, hablando como yo: todos dicen con San Bernardo, ser cosa nunca oida que uno de sus verdaderos siervos haya perecido jamás. Con efecto, ¿quién es la Vírgen Santísima? Es la Madre de Dios, la que concibió en sus virginales entrañas y dió al mundo á nuestro Señor Jesucristo, al Salvador del mundo, al Rey del cielo y de la tierra. Es por tanto María omnipotente para con Dios, por que Jesucristo nada puede negar á su Madre. Hánsela confiado las llaves del paraíso, y por eso la apellida la Iglesia, puerta del cielo: *janua coeli.* Pero no solo es madre de Dios la Vírgen Santísima, sí que lo es tambien nuestra y nos ama á todos como á hijos suyos. A todos nos dió á luz en el Calvario, cuando Jesucristo la dió desde la cruz, mostrándola el discípulo amado que representa-

(2) Matth., cap. VII. v. 7.

ba entonces á todo el género humano: *Mulier, ecce filius tuus* (1.)

Así, María reune en sí dos prerogativas igualmente propias para afianzarnos en la confianza sin límites con que la invocamos. Como Madre de Dios, lo puede todo; como madre del género humano, nos ama cuanto una madre puede amar á sus hijos. Por tanto, si nos dirigimos á ella, estamos seguros en calidad de hijos, de ser favorablemente oidos; y el gran valimiento que tiene para con Dios nos responde de que derramará sobre nosotros con profusión los tesoros de gracia de que dispone á manos llenas. ¿No la saludó el ángel llena de gracia? *Ave, gratia plena* (2.) Si nos fuera dado preguntar á los santos del cielo, todos quizá nos respondieran que la son deudores de su santificación. Lo cierto y seguro es, que hay en el cielo gran número de escojidos, que sin la ayuda y protección de María, arderían ahora en los infiernos. Lo cierto y seguro es, que si el demonio pudiera hablar, y se atreviera á confesarlo, nos diría que no tiene mayor enemigo que la Vírgen Santísima; que nadie salva ni le arranca mas almas que la Santa Vírgen.

Rogadla, pues, de contínuo, y no os canséis nunca de repetir esa bella y tierna plegaria que la piedad maternal puso en vuestros labios al salir de la cuna, esa oración tan breve y que sin embargo, espresa y contiene cuanto debemos pedir á María: ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte: *Ora pro nobis nunc et in hora mortis nostrae.*

Ora pro nobis: Sí, Vírgen María, interceded no solo por mí, sino por todos los que se han presentado

(1) Joan. cap. XIX. v. 26.
(1) Luc. cap. I. v. 28.

conmigo á la Santa Mesa, que son mis amigos y hermanos, con quienes no quiero tener mas que un corazón y una alma: *nobis peccatoribus*. ¡Ay! todos hemos sido pecadores, pero gracias á la infinita misericordia de vuestro divino Hijo, hemos recobrado la inocencia. Haced, ¡oh María! que en adelante no formemos ya sino una sociedad de justos y santos. *Nunc*: ahora, todos los días de nuestra vida, Vírgen inmaculada, Vírgen sin pecado concebida, os llamamos en nuestro auxilio. Ahora, guiad nuestros pasos; ahora que el mundo va á armarse contra nosotros, sostened nuestra flaqueza, ahora que debemos temerlo todo de las asechanzas del demonio, apartad, rechazad lejos de nosotros al dragón infernal que vos vencísteis y teneis bajo vuestras plantas.

Pero sobre todo, Vírgen amable, Vírgen poderosa, asistidnos en nuestra última hora: *in hora mortis nostrae*. Entonces reanimad nuestra confianza, disipad nuestros terrores, consoladnos en nuestro lecho de dolor: *in hora mortis nostrae*. Entonces rogad también al soberano Juez que nos perdone misericordioso; venid vos misma á cerrar nuestros ojos, tomad nuestra alma en vuestros brazos, y exhálese nuestro postrer suspiro dejando en nuestros lábios estos nombres tan dulces á nuestros corazones: ¡Jesús! María!

Amén.

INDICE.

PÁGS.

PLATICA PRIMERA para el primer domingo de Mayo en la misa. *María es la criatura mas amada por Dios, la que mas influencia ejerce en su corazón.* 5

PLATICA SEGUNDA para el domingo día tercero de Mayo en la noche. *La maternidad divina es el título mas glorioso de María y el manantial de todas sus prerrogativas.* . . . 13

PLATICA TERCERA. Día cuatro de Mayo. *Reflexiones sobre Jesucristo y gratitud que debemos á María por habérnoslo dado.* 19

PLATICA CUARTA. Dia 5 de Mayo. *María Madre de la divina gracia* 24

PLÁTICA QUINTA. Día 6 de Mayo, *Cuánto ama María la pureza. Debemos amarla como ella* 29

PLÁTICA SEXTA. Día 7 de Mayo. *Madre amable. Cualidades que debe tener nuestro amor por María. Debe ser tierno, firme y generoso.* 35

PLATICA SEPTIMA. Día 8 de Mayo. *Madre del Criador, Madre del Salvador* 40

PLATICA OCTAVA. Día 9 de Mayo. *Prudencia de la Santísima Vírgen. De qué modo debemos imitarla* 45